LA GRUTA DE LOS MUERTOS DE GÜÍMAR

POR

ANTONIO RUMEU DE ARMAS

En la primera mitad del siglo XVII residió en Güímar, la más importante villa del sur tinerfeño, un médico anónimo, al parecer español, que mostró particular interés por los vestigios supervivientes de la cultura de los guanches. Llamó de manera particular la atención del galeno las cuevas sepulcrales de los aborígenes, que se conservaban intactas por aquellas fechas. Ello le movió a redactar un interesante relato, que se conserva en extracto. He aquí el texto del singular escrito:

DESCRIPCIÓN DE LA GRUTA DE LOS MUERTOS

«Por lo que respecta a los entierros, dice nuestro autor, que con motivo de su empleo de médico, habiendo hecho favores considerables a los isleños, obtuvo de ellos la gracia y libertad de visitar sus cavernas supulcrales, expectáculo que no concedían a nadie, y que no se podía solicitar a pesar suyo sin exponer su vida al último riesgo. Tenían una extrema veneración por los cuerpos de sus antepasados y la curiosidad de los extrangeros, pasaba entre ellos por una profanación. El autor, que se hallaba en *Güímar,* ciudad poblada casi únicamente por descendientes de los antiguos Guanchas *(sic),* tuvo

proporción de hacerse conducir a sus cuevas. Éstas son, como ya diximos en otra parte, unos cóncavos oradados en las rocas, o formados por la naturaleza, que son más o menos grandes siguiendo la disposición del terreno. Los cuerpos están cosidos con pellejos de cabra, y con correas de la misma especie, y las costuras tan iguales y unidas, que no se puede sin admiración alabar su maravilloso arte. Cada cubierta está exactamente proporcionada según la estatua del cuerpo. Pero lo que causa mucha más admiración es que todos los cuerpos están casi enteros. Se ve igualmente en los de los dos sexos los ojos (pero cerrados), los cabellos, la nariz, los dientes, los labios, la barba, y hasta sus partes naturales. El autor contó trescientos o quatrocientos en diferentes cuevas, unos de pie, otros echados sobre camas o tarimas de madera.

Un día que el autor había salido con su hurón a coger conejos, caza muy exercitada en la isla de Tenerife, se perdió este animalejo en una madriguera sin que pudiesen reconocer sus huellas. Uno de los cazadores a quien pertenecía se empeñó en buscarlo por entre las rocas y maleza: descubrió la entrada de una cueva de Guanchas i entró; pero su temor se descubrió al instante por sus gritos redoblados. Había visto un cadáver de una grandeza extraordinaria, cuya cabeza reposaba en una piedra, los pies en otra, y el cuerpo en una tarimilla de palo. El cazador se sosegó alguna cosa acordándose de lo que había oído decir, y de las ideas que tenía sobre la sepultura de los Guanchas, y cortó un buen pedazo de la piel que tenía el muerto sobre el pecho. El escritor de esta relación asegura que estaba más fina y suave que la de nuestros mejores guantes, y tan lejos de podrirse, que el cazador se sirvió de ella para varios usos por espacio de muchos años.

Estos cadáveres estaban tan ligeros como una paja: el autor que había visto algunos, cuya piel estaba ya descosida y destrozada, protexta que se distinguían perfectamente los nervios, tendones, y aun las venas y arterias que parecían otras tantas cuerdecillas.

Si creemos a los antiguos Guanchas, había entre sus antepasados una tribu particular que poseía el arte de embalsamar los cuerpos, y que le ocultaba como un misterio sagrado que

no debía jamás ser comunicado al pueblo. Esta misma tribu que formaba una especie de sacerdocio, no se mezclaba jamás con las otras familias o tribus por matrimonio, &. Pero después del acontecimiento anexo a toda conquista, y su secreto pereció con ellos. La tradición no ha conservado más que un pequeño número de ingredientes de los que entraban en esta composición. Tales son la manteca mezclada con unto de oso que se guardaba expresamente en las pieles de cabra. Este ungüento lo hacían cocer con ciertas yerbas, tales como una especie de espliego que crece en abundancia entre las rocas, y otra yerba llamada *lara* de una sustancia gomosa y glutinosa que se encuentra en la cima o cumbre de los montes. Además otra planta que era una especie de *ciclamen* o criadilla de tierra, salvia silvestre que crece con abundancia en los montes, y en fin otros varios simples que hacían ser este mejunge uno de los mejores bálsamos del universo. Después de esta preparación se empezaba por vaciar el cuerpo de los intestinos, y a labarle con una coción hecha de corteza de pino secada al sol por el verano, o en una estufa en el invierno. Esta purificación se repetía varias veces. En seguida se hacía la unción por dentro y fuera con un gran cuidado de dexarla secar a cada vuelta o lavadura. Se continuaba hasta que el bálsamo había enteramente penetrado los cadáveres, y la carne consumiéndose hacía parecer todos los músculos. Conocían que la operación estaba concluida, y no faltaba ya nada quando el cuerpo quedaba extremadamente tieso y ligero. Y entonces se le cosía en las pieles de cabra como ya hemos observador arriba. Es cosa digna de notarse que para evitar gastos, quando el difunto era pobre le quitaban el cráneo: también estaban cosidos con pieles; pero a éstas se las dexaba el pelo; quando las de los ricos estaban tan finas, y curtidas tan limpiamente que se conservan tersas y flexibles hasta hoy.

Los Guanchas cuentan que tenían más de veinte cuevas de sus reyes y grandes hombres, incógnitas aún entre ellos, excepto algunos viejos que eran los depositarios de un tan respetable secreto, y que no debían jamás revelar. En fin, el autor observa que la Gran Canaria tenía también sus cuevas como Tenerife, y que los muertos están igualmente envueltos en sa-

cos; pero que lejos de conservarse tan bien estaban los más de los cuerpos consumidos.

Los Guanchas tenían en estos lugares fúnebres unos vasos de tierra tan dura que era dificultoso romperlos. Los españoles hallaron bastantes en algunas cuevas, y se sirvieron de ellos al fuego para los usos de la cocina.»

Observaciones

a) *Comentario valorativo*

El número de cuevas sepulcrales existentes en Tenerife debió ser importante. Ahora bien, en el siglo XVIII se produjo una sistemática expoliación por parte de aventureros, eruditos y aficionados. Los Museos y los Gabinetes antropológicos de España y Europa reclamaron la posesión de ejemplares, que les fueron generosamente facilitados por vía oficial subrepticia. Pero andando el tiempo las momias fueron arrumbadas por carencia de interés o pérdida de la pertinente identificación. Todavía hoy se conservan algunas, ubicadas en las más extrañas galerías.

Pudiera ser que el médico de Güímar exagere en cuanto al número de momias —300 ó 400—; pero con una discreta reducción, el relato reviste autenticidad en todos sus extremos. ¿Cabe abrigar la esperanza de que algún día, entre la maleza del monte bajo de la isla, aparezca un enterramiento colectivo?

La gruta principal de los muertos no fue contemplada por el médico de Güímar. En el hallazgo interviene un perro de caza —con evidente paralelismo con la famosa cueva cántabra de Altamira—; y quien se abre paso en la misma, con el machete, es un huronero insular. En este punto concreto el testimonio es de tercera persona.

Una errata *visual* del relato se impone rectificar. Los guanches eran de estatura media; por tanto, la momia *gigante* que creyó divisar el intruso debe valorarse como restos humanos yuxtapuestos linealmente.

b) *Nota bibliográfica*

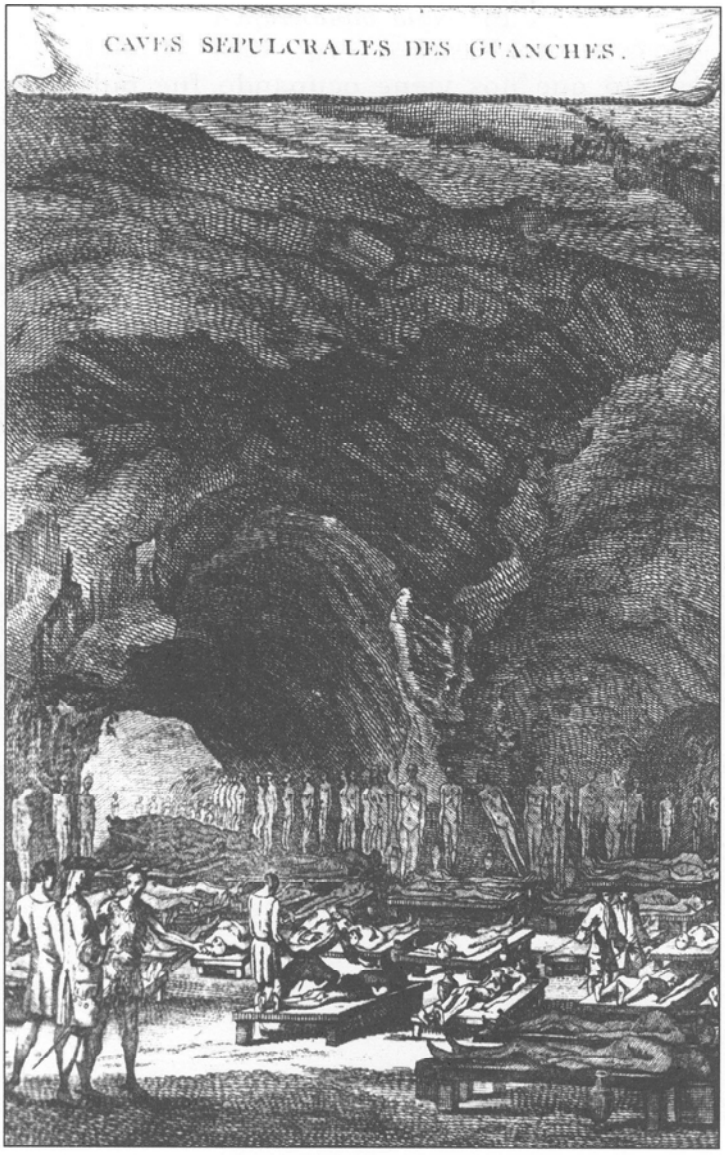
El escrito que nos viene ocupando fue publicado por G. Romo con el título de «Conjeturas sobre el origen del Pico de Teyde y de los guanchas, con la descripción de la gruta de los muertos y de las momias de la isla de Tenerife». Aparece inserto en la revista *Memorial literario o biblioteca periódica de Ciencias y Artes.* Madrid, tomo IV, número 31 (año 1805), páginas 145-165.

El artículo se divide en tres partes:

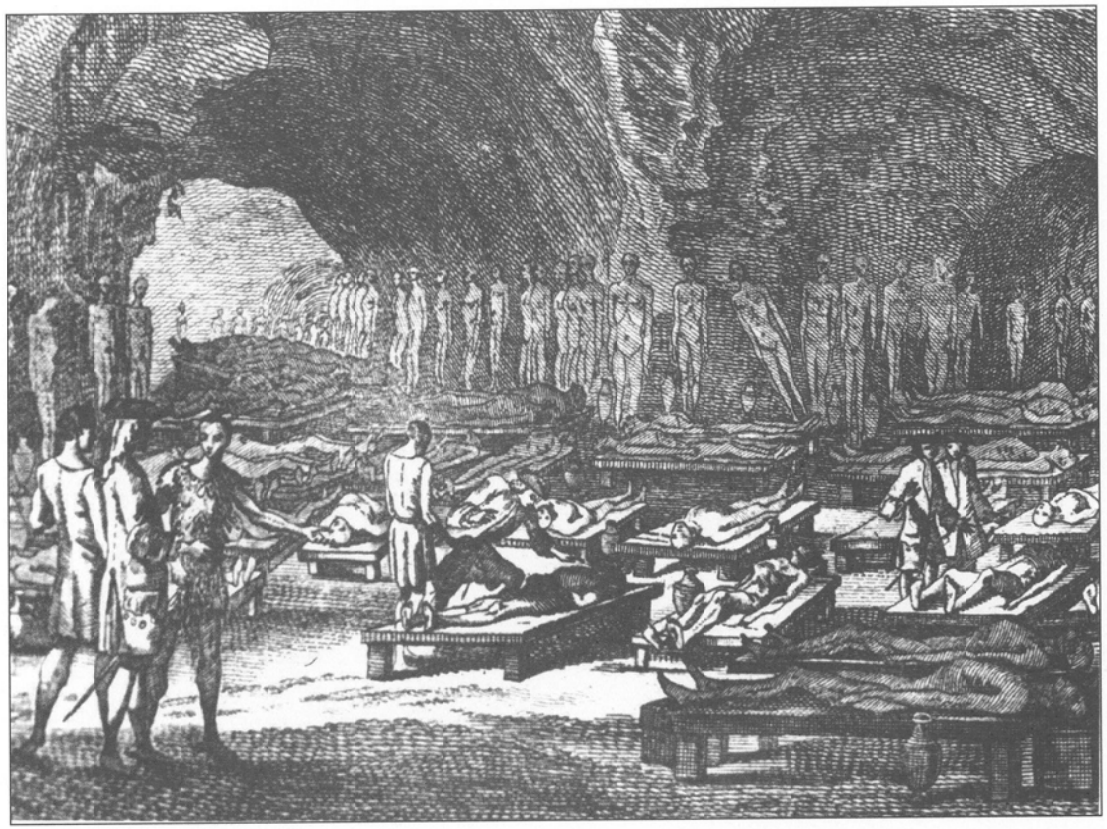
La primera versa sobre el subsuelo metalúrgico del Teide, y carece de todo interés. El autor anónimo se afana en demostrar la riqueza del volcán en cobre, plata y oro, superando en estos metales al propio Méjico.

La segunda parte se centra en los guanches y sus costumbres, tomando como fuente de inspiración el libro titulado «Extracts taken of the Right Worshipfull Sir Edmund Scory, knight, of the Pike of Tenariffe, and other rarities which he observed there», publicado por SAMUEL PURCHAS, *His pilgrimage or relations of the world.* London, 1626, vol. V, pp. 784-87. El profesor Buenaventura Bonnet tradujo este opúsculo en la revista *El Museo Canario,* núm. 8 (año 1936), pp. 44-59.

La tercera parte es la traducción del escrito del médico de Güímar, dada a conocer por TOMÁS SPRAT en su *History of the Royal Society of London,* 1667, pp. 209 y ss.



Fantasmagórica invención de la *Gruta de los muertos.*
(M. DE LA ARPE, *Abrégé de l'Histoire générale des voyages.*
París, 1780).



Primer plano de la *Gruta de los muertos.*